EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

AVENTURAS IMPERIALES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marques y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo
Juan sin Tierra
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Chinch[...]
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españ[...]
Los dos inseparables.
La pesadilla de un case[...]
La hija del rey Rene.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el B[...]
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvi[...]
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Ferna[...]
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenci[...]
La Archiduquesita.
La escuela de los amigo[...]
La escuela de los perdi[...]
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Car[...]
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen[...]
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exotica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla ([...]
La calle de la Montera.
Los pecados de los padr[...]
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta
La peor cuña.
La choza del almadreño
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlarg[...]
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

AVENTURAS IMPERIALES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 20 de Mayo de 1864.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAS.		ACTORES.
INÉS...............	SRAS.	DIEZ.
DOÑA VIOLANTE...		ALVAREZ.
UNA DUEÑA........		DANSAN.
UN CIEGO..........		ZAPATERO.
UNA GITANA.......		SABATER.
MUJER 1.ª.........		PRADA.
IDEM 2.ª..........		PLÓ.
DON CÁRLOS.......	SRES.	CATALINA (D. M.).
DON CÉSAR........		CATALINA (D. J.).
LAGARTIJA.........		FERNANDEZ.
VARGAS		VILLALVA.
UN ALCALDE.......		MÓSTOLES.
UN EMBOZADO....		RODRIGUEZ.
HOMBRE 1.º........		MENOR.
IDEM 2.º...........		SINEO.
UN ALGUACIL......		GARRIGOSA.

Alguaciles, embozados, hombres y mujeres del pueblo.

La accion pasa en Granada, durante la velada de S. Juan de 1526.

A DON MANUEL CARACUEL,

SU TOCAYO Y AMIGO DEL CORAZON,

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Un lugar frondoso á orillas del rio Darro: á la derecha una enramada oscura con un asiento: luces de colores entre los árboles.

ESCENA PRIMERA.

Multitud de personas de todas clases, que pasan y cruzan entre los árboles: vendedores ambulantes; VARGAS y algunos EMBOZADOS por el fondo.

VARGAS. (Á los Embozados.)
Venid acá, no olvideis
las señas: pluma prendida
por un joyel, pluma blanca,
capa negra, espada en cinta,
buen continente y gallardo,
cabeza noble y altiva:
por donde quiera que vaya
seguidle, la vista fija
en él, y el puño en la espada.
Si alguno le mueve riña,
á la primera palabra
descompuesta ú ofensiva
que le dijeren, cruzad
al que la palabra diga.
EMB. 1.° Y diga ucé, señor Vargas,
¿si riñe con la justicia

el tal señor...

VARGAS. Tajo seco.

EMB. 1.° ¿Y si un alcalde...

VARGAS. Paliza
al alcalde.

EMB. 2.° Personaje
debe ser de gran estima
cuando tal nos ordenais.

VARGAS. Manda el rey que se le sirva:
sois de la guardia española
soldados, y la hidalguia
á obedecer ciegamente
lo que el rey manda os obliga.
Ahora bien, ved por do cruza

(Sale por el primer término de la izquierda D. Cárlos, embozado en una capa negra, con pluma blanca en el birrete, y cruza diagonalmente y en paso lento la escena, dirigiéndose al fondo.)

el hombre de cuya vida
y libertad respondeis.

EMB. 1.° ¡Buen talante!

EMB. 2.° ¡Brava pinta!

VARGAS. Todos tras él y atencion.

EMB. 1.° Descuidad.

VARGAS. Hasta la vista.

(Los Embozados siguen á D. Cárlos y desaparecen por el fondo.)

ESCENA II.

VARGAS.

Puesto que tanto se empeña
mi señor en su porfia
por esa doña Violante
que de tal modo le incita
con su hermosura, á deseos
que mas cristiano seria
sepultase en el olvido,
y ha de venir la estantigua
que traidoramente vende
á quien la paga y estima,

esperemos. Mas aquella
si no me engaña la vista
es la dueña pecadora
que hácia aqui viene solícita.

ESCENA III.

VARGAS.—La DUEÑA, una GITANA vendedora de buñuelos.

GITANA. ¡Los buñuelitos calientes!
¿quién los quiere? ¡que se enfrian!
DUEÑA. Dame dos cuartos, Gitana.
GITANA. ¡Mire voacé qué ruina!
¿su hacienda gasta en buñuelos?
¡eh! ¡quite allá, que las tripas
se me revuelven de verla,
y esto se vende por libras,
y con sal y con azúcar!
VARGAS. (Á la Gitana.)
¡Allá va un ducado!
GITANA. Ansina,
rumboso; y es como un oro
el galan: Dios le bendiga.
DUEÑA. ¡Ah! ¡que sois vos, hijo Vargas!
¡Dios os premie! con la prisa
no tomé mi sopicaldo.
GITANA. ¿Dónde los echo?
DUEÑA. Hija mia,
échalos aquí en el manto
(Presentando la halda del manto donde la Gitana echa los buñuelos.)
y vete y que Dios te asista,
que tengo que hablar á solas
cosas que son ¡ay! precisas.
GITANA. En cuanto llegue la boda,
si quieren zambra me avisan,
y verán como estas manos
la pandereta repican.
¡Los buñuelitos calientes!
¿quién los quiere? ¡que se enfrian!
(Váse por el fondo.)

ESCENA IV.

VARGAS, la DUEÑA.

VARGAS. Diga, madre, y coma en tanto,
que el comer hablar no quita,
¿puedo dar á mi señor
de su afan buenas noticias?
DUEÑA. Por el postigo entraréle
en casa esta noche misma.
VARGAS. ¿Y á qué hora, madre?
DUEÑA. Á las doce,
mas antes...
VARGAS. Cosa es precisa:
al que sirve se le paga,
ahí va una bolsa llenita
de doblones.
DUEÑA. Muchas gracias:
yo estaré velando y lista
para abrir cuando llegueis.
VARGAS. ¿De seguro?
DUEÑA. ¡Por mi vida!
VARGAS. ¿Y doña Violante duerme
cerca?
DUEÑA. Como tanto aguija
el calor, del piso bajo
en una sala contigua
al jardin tiene aposento.
VARGAS. Pues adios.
DUEÑA. ¡No por mi vida!
que puede alguno haber visto
que llevo dinero encima
y robaráme.
VARGAS. ¿Y qué quiere?
DUEÑA. Que me acompañe y me sirva.
VARGAS. Vamos, pues. (¡Á cuántas cosas
la fidelidad obliga!)
DUEÑA. ¿Qué murmurais, hijo Vargas?
VARGAS. No murmuro.
DUEÑA. Tapadita
bien puedo pasar por dama,

y aun hay quien por mí suspira.
Vamos, hijo.

VARGAS. Madre, vamos.

(Vánse por el primer término de la derecha.)

ESCENA V.

DOÑA VIOLANTE, INÉS por el fondo.

D.ª VIOL. ¡Ay, Inés! ¡vengo sin vida!
¿Traigo bien echado el manto?

INES. Si señora: ni una pizca
se os ve del rostro, y es lástima;
que á no ser de tapadilla
la aventura y al soslayo
como quien dice, ya habria
galan que nos festejase...
y aun mas de dos.

D.ª VIOL. ¡Que tal digas!
¿no sabes que mi don César
es la muerte de mi vida,
y que solo por buscarle
vengo á la la fiesta?

INES. No haria
tal disparate una fea
de esas á quienes destina
Dios para vestir imágenes.

D.ª VIOL. (Viendo á D. Cárlos que aparece por el fondo.)
¡Ay, Inés! ¡que viene encima
aquese negro embozado
que no nos deja!

INES. Adivina
sin duda, el sol entre nubes.

D.ª VIOL. Vamos de aquí.

INES. ¡Boberia!
se vendrá tras de nosotras.

D.ª VIOL. Mira, Inés, que ya se arrima.

INES. ¿Hemos de correr?

D.ª VIOL. No tanto.
¡Ay, Dios! (Viendo junto á ella á D. Cárlos.)

ESCENA VI.

DOÑA VIOLANTE, INÉS.—D. CÁRLOS.

D. Carl. ¡Beldad peregrina
que rebozado el semblante
con tu donaire cautivas,
con tu compostura rindes
y con tu recato obligas,
¿por qué de mí vas huyendo?
sabe, ingrata, si lo estimas,
que soy noble y caballero,
y rico.
D.ª Viol. Vueseñoria
se aparte si es tan hidalgo
como dice, y no persiga
asi, á mujer que no sabe
si es de sus amores digna.
Dejadme en paz, yo os lo ruego,
que no os faltarán conquistas,
si no por noble, por rico,
y aquí no se necesitan
ni dineros ni nobleza.
D. Carl. ¡Vive Dios que sois altiva!
D.ª Viol. Y mas honrada.
D. Carl. Lo creo,
y por ello en gran codicia
me poneis de conoceros.
D.ª Viol. Mal blasonais de hidalguia,
que andais por demas osado.
Dejadme pasar.
D. Carl. Esquiva
sois cual hermosa.
D.ª Viol. Es que ya
no puede ser que se rinda
un alma que dueño tiene.
D. Carl. Mirad que celos avivan
el amor.
D.ª Viol. ¿Ya enamorado?
Amor hecho tan deprisa
ha de ser falso por fuerza,

y empañaráse en dos dias.

D. CARL. ¡Burlas!

D.ª VIOL. Me ofendeis: son veras:
id con Dios.

D. CARL. Ved...

D.ª VIOL. ¡Qué porfia!
Inés, volvamos á casa.

D. CARL. Pues no ha de ser sin que os siga.

(Vánse por el primer término de la izquierda. Don Cárlos las sigue.)

ESCENA VII.

D. CÉSAR, por el fondo.

Verbenica, verbenica
de san Juan, clara y serena;
murmurador claro rio
que junto á la Alhambra ruedas,
entre tu alegre bullicio,
junto á tus ondas parleras,
desdichado y perseguido
veis otra vez á don César.
En mal hora por mi honra
maté á un hombre, y mi pobreza
contra alcaldes y escribanos
no me permitió defensa.
Amores vengo buscando,
que los celos me envenenan
el alma, y es enemiga
de los amores la ausencia.
Mas pues Dios asi lo quiso
y no es hora de que vea
si me ha olvidado Violante
ó firme en mi amor se empeña,
de este asiento que á la sombra
de esta enramada se muestra,
me apodero mientras pasa
el tiempo y la noche media,
que entonces iré á su calle,
y de esta triste vihuela
y de mi voz dolorida,

saldrá de mi amor la seña:
si baja la hablaré un punto,
la juraré mi firmeza,
y antes de que raye el dia,
devolveréme á la sierra
donde me amparan pastores
y donde me ocultan breñas.
(Suena música de guitarras por el fondo.)
¡Música! ¡ciegos! ¡me place!
Asi se alivia la espera.
Rebózome: en todo caso
espada y valor me quedan.
(Se sienta en el banco de piedra.)

ESCENA VIII.

CIEGOS, GENTE DEL PUEBLO.

HOMB. 1.º ¡Que paren aquí! ¡aquí el corro!
MUJ. 1.ª ¡Que canten una tirana!
HOMB. 2.º ¡Silencio!
CIEGO. (Templando la guitarra.) Escuchen ucedes,
hidalgos y nobles damas,
doncellicas del ¿quién quiere?
y dueñas del ¿quién se aguarda?
hidalgos del saca y mete
y rebuscones de maulas:
escuchen de qué manera
portentosa y sobrehumana
en la noche de san Juan
las negras se vuelven blancas,
y mozas las que son viejas
y las doncellas se casan.
¡Una limosna á estos pobres
que comen por donde cantan!
HOMB. 1.º Cante usarcé, señor ciego,
por señas de aquestas blancas.
CIEGO. Dios á usarcé se lo premie,
hidalgo que tan bien paga.
(Cantando.)
Para el que quiera amores
y no los halle,

en la alegre verbena!
los hay de lance:
que aquí se rifan
para maridos viejos
tempranas niñas.

HOMB. 1.° ¡Bien!

MUJ. 1.ª ¡Que sí!

MUJ. 2.ª Vaya ese ochavo
y venga otra copla.

CIEGO. Vaya.
(Canta.)
La doncella que pobre
tambien es fea,
y no halla quien la diga
por ahí te pierdas,
busque su amparo
en san Juan, que es arrimo
de desdichados.
¿No hay quien me mande otra copla?

MUJ. 1.ª Porque cante hasta mañana
y á nadie pida ni ruegue,
allá va ese real de plata.

CIEGO. Por la voz saco que sois
querenciosa, y linda, y larga.
(Canta.) La damita buscona
que no halla tontos
que la paguen las glorias
que goza el otro,
san Juan la asista,
que es patron el buen santo
de buscavidas.

VOCES. (Dentro)
¡Socorro! (Se oye dentro ruido de espadas.)

— ¡Favor!

— ¡Auxilio!

— ¡Ah de la ronda!

HOMB. 1.° ¡Morena,
escurre el bulto!

HOMB. 2.° ¡La ronda!

HOMB. 1.° ¡Por allí está la pendencia!
(Todos escapan por diversas partes de la escena.)

ESCENA IX.

D. CÉSAR, que se ha levantado.—Una ronda de alguaciles con las linternas encendidas pasa corriendo por el fondo: LAGARTIJA, que es el último de los alguaciles, se detiene y entra en la escena.

D. CESAR. ¡Ah cobardes! ¡cómo corrén!
LAGART. Allá van, y pues se alejan,
apaguemos y escurramos.
(Apaga la linterna y al volverse tropieza con don César.)
¿Mas quién es?
D. CESAR. ¡Mala vergüenza!
¿por qué á la ronda no sigue?
¿miedo tiene? ¡falta fea!
LAGART. Es, señor, que en hora mala
se me ha dormido esta pierna:
¡mas qué miro! ¿estoy hablando
con vos, mi señor don César?
D CESAR. ¡Lagartija!
LAGART. El mismo soy,
que ando de ronda, y mosquea,
mas que es justo, mas que es sano
y mas que yo me quisiera.
¡Dios maldiga á las tapadas!
D. CESAR. ¡Tú alguacil!
LAGART. Todo es librea,
y de corchete á lacayo
solo va la vara negra.
¿Y vos? ¡valiente y gallardo
como siempre! ¡dando guerra
con naipes y espada á bravos,
con vida y alma á las hembras!
¿Cuándo habeis, señor, venido?
D. CESAR. Esta noche.
LAGART. ¿Y ya por buena
fortuna, teneis indulto
de aquella muerte sangrienta
que disteis... yo fuí testigo
de lo que, Señor, me pesa...

á aquel don Luis de Moncada?
D. Cesar. No por cierto.
Lagart. ¿Y con tal flema
os venís á donde estais
pregonado, y do os esperan
requisitorias y apremios?
D. Cesar. Vengo á casarme.
Lagart. ¿De veras?
¿á casaros? ¡vos casaros!
¡casaros vos! ¡buena es esa!
ó se va á acabar el mundo
ó ya no sois vos don César.
¡Y vos casado! ¡Dios mio!
¡Él tenga lástima de ella
y la mande un tabardillo!
¡infeliz! ¡pues la hace buena!
Y... ¿quién es, si no os enoja?
D. Cesar. ¿Quién ha de ser? la que eterna
llevo en el alma grabada.
Lagart. ¡Como la teneis de cera
y habeis grabado á millares
tantas y tantas en ella!...
¿Cuál es su nombre?
D. Cesar. Violante.
Lagart. ¡Violante! cuando yo era
lacayo vuestro, tuvisteis
de ese nombre unas sesenta,
altas, bajas y medianas,
de todos pelos y señas;
pobres unas, ricas otras,
y todas tontas y necias.
¿Es tal vez la hermosa prima
del canónigo de Illescas,
ó la hermana del sochantre,
ó la sobrina traviesa
del escribano don Dimas
Ladron de Agarra?...
D. Cesar. No aciertas.
Lagart. ¿Pues quién es que no adivino?...
D. Cesar. Doña Violante Fonseca.
Lagart. ¿Quién? ¿aquella morenita
de ojos negros, mas risueña

que una vieja que se casa
y mas alegre que fiesta
de gitanos? ¡Ta! ¡ta! ¡ta!
mire ucé que no es la mesma
de ha seis meses, que se ha puesto
cariceñuda y aviesa,
que pasa llorando el dia
cual si tuviera cincuenta
y no se hubiera casado.

D. CESAR. ¿Y quién la ronda la reja?
LAGART. ¡Qué rondar, si á nadie mira
ni nadie la mira á ella,
porque gimiendo y llorando
á piedra y lodo se encierra!
D. CESAR. ¿Y por quién llora?
LAGART. ¿Por quién
sino por el que la deja?
D. CESAR. ¿Dejóla alguno?
LAGART. Si tal:
seis meses hará muy cerca;
y sin despedirse.
D. CESAR. ¡Cómo!
LAGART. Como que sois por quien pena,
por quien teme, por quien llora,
por quien pide y por quien reza,
á quien nombra y llama á solas
desesperada, y espera
que á su calle el diablo traiga
á su adorado don César.
D. CESAR. ¿Quién te ha dado esas noticias?
LAGART. La brava famosa hembra
Inesilla la atrevida,
de mil demonios doncella,
que á doña Violante sirve
y en ser mi dogal se empeña;
y de lo que Inés declara
juro y doy fé.
D. CESAR. De esas nuevas
este doblon haga pago.
LAGART. ¡Viva, valiente don César,
vuestra vida muchos años!
D. CESAR. Solo he venido por verla

y quiero que á Inés avises.
LAGART. La avisaré.
D. CESAR. Por la reja
hablar quiero con Violante:
sírveme, pues, de estafeta,
y pronto.
LAGART. En el punto mismo.
D. CESAR. Que nadie en Granada entienda
que me has visto.
LAGART. Seré mudo.
D. CESAR. Y sordo y ciego.
LAGART. Una piedra.
Y adios, señor, que ya es hora:
y luego, si aquí me vieran
con vos... ¡adios, mi destino!
¡adios, mi varita negra!
D. CESAR. Vete en paz y alivia el miedo.
LAGART. Miedo en alguacil es prenda
inseparable, obligada:
y adios, mi señor don César.
(Váse por la derecha.)

ESCENA X.

D. CÉSAR, solo.

¡Siempre el mismo Lagartija!
¡siempre Violante la mesma!
él nació para cobarde
y para adorarme ella.
¿Mas qué es esto? ¡Una tapada!

ESCENA XI.

D. CÉSAR, embozado.—DOÑA VIOLANTE, rebozada en el manto por la derecha.

D.ª VIOL. (Á D. César.)
Amparad, si sois hidalgo,
y el honor teneis en algo,
á una mujer desdichada.
D. CÉSAR. Seguro podeis tener,

bella encubierta, que aquí
han de conocerme á mí
ó no os han de conocer.

D.ª VIOL. Lance ha sido de verbena,
que al fin la audacia española
á mujer tan tarde y sola
por liviana la condena.
Culpa de un empeño fué,
culpa del hado tirano,
que afligiéndome inhumano
me sigue, no sé por qué.
Salíme por un postigo
de casa con mi doncella,
vine á la fiesta, y en ella
mi locura halló castigo
en el empeño fatal
de un encubierto: le huí:
dió el encubierto tras mí;
sobrevino por mi mal
un hombre, y sin conocerme
demanda por mí tomó:
el encubierto insistió
pretendiendo merecerme,
y ya al fin desmesuradas
palabras y obras al par,
dieron al aire á brillar
las homicidas espadas.
Esta es la historia, señor:
mi camino es por allí;
(Señalando á la izquierda.)
impedid que llegue á mí
quien me sigue, y tal favor
Dios os premie.

D. CESAR. ¡Es singular!
vuestra voz, vuestra apostura,
de una adorada hermosura
me hacen la luz recordar.

D.ª VIOL. ¡Yo tambien!... ¡á vuestro acento
mi corazon se estremece
y ardiente luz esclarece
mi turbado pensamiento!
¿Sois vos á quien busco ansiosa?

¡mostrad, señor, el semblante!
(D. César se descubre: al verle, Doña Violante se descubre tambien.)
¡Mi don César!

D. CESAR. ¡Mi Violante!
¡Mi dulce esperanza hermosa!
¡Al fin te encuentro!

D.ª VIOL. ¡Ay de mí,
que es tan grande mi ventura
que me parece locura!

D. CESAR. Contigo me encuentro aquí
y aun dudo.

D.ª VIOL. ¿Dónde has estado,
mi amor para mí perdido?

D. CESAR. Entre breñas, escondido,
fugitivo, pregonado.

D.ª VIOL. ¡Ay de mí!

D. CESAR. Fué por tu amor
mi desdicha.

D.ª VIOL. Ya lo sé:
¡siempre yo le desdeñé!
¡nunca debióme un favor!

D. CESAR. Desesperado y celoso,
ciego me dijo, alma mia,
que un tal cual yo no podia
ni aun en sueños ser tu esposo;
y descortés y arrogante,
por deshonrarme villano
alzó la cobarde mano
y audaz me cruzó el semblante.

D.ª VIOL. ¡Á tí! ¡tal afrenta á tí!

D. CESAR. El acero al aire eché,
y el suyo apenas crucé
cuando á mis plantas le ví.
Pero dejemos en paz
á los muertos, prenda hermosa,
y, pues la suerte piadosa
nos da un hora de solaz,
dime: ¿por qué te hallo a qui,
en la verbena, amor mio?

D.ª VIOL. Me dije en mi desvarío,
acaso le encuentre allí;

indulto quizá logró,
y tal vez de mí olvidado
otra le tiene á su lado
mas venturosa que yo.

D. Cesar. Fué sin razon recelar.

D.ª Viol. Exceso fué del querer.

D. Cesar. Yo tambien llegué á temer...

D.ª Viol. Tú no has debido dudar.
Pruebas tienes.

D. Cesar. Mas... ¿quién fia?
La mujer y la fortuna
son como el viento y la luna,
que se mudan cada dia.

D.ª Viol. No es posible en mí mudanzas,
que roca soy para amar.

D. Cesar. Roca hermosa que en la mar
te elevas de mí esperanza.
Flor de aroma regalado,
lirio en el valle escondido
para mi dicha nacido
y para mi amor guardado.
Mi vida se cifra en tí,
que sin tu amor no la quiero;
sin tu amor, el mundo entero
un desierto es para mí.
Por tu amor di muerte á un hombre,
y por esa muerte vivo
entre breñas, fugitivo,
sin hogar, deudos ni nombre.
Por tu amor me ves aquí
y pues te llegué á encontrar,
no me quiero separar
llevando dudas de tí.

D.ª Viol. Has de hallarme tan amante
cuanto permita el honor:
pero me aqueja el temor
de estar la noche adelante
fuera de mi casa: deja,
pues venturosa te hallé,
que á mi casa vuelta dé.

D. Cesar. Y luego...

D.ª Viol. Si: por la reja

hablaremos hasta el dia:
acompáñame y partamos.
¡Tu brazo!

D. CESAR. Tómale y vamos.

(Se ponen en marcha hácia la izquierda: un momento despues Doña Violante se detiene.)

D.ª VIOL. ¡Oh negra desdicha mia!

D. CESAR. ¿Qué te aflige?

D.ª VIOL. Aqueste es
de mi locura el castigo.

D. CESAR. ¿Mas qué es ello?

D.ª VIOL. Del postigo
la llave la tiene Inés.
¿Y cómo en la casa entrar?
¿cómo á casa no volver?
¡Qué hacer, Dios mio, qué hacer!

D. CESAR. Irnos un fraile á buscar
que nos case, y por la puerta
principal, ya bien casados,
volver á tu casa honrados.

D.ª VIOL. ¡Ay, don César, que estoy muerta!

D. CESAR. Quiera Dios se pierda Inés.

D.ª VIOL. (Mirando hácia el fondo.)
¡Una mujer presurosa
se acerca! ¡oh suerte dichosa!

D. CESAR. ¿Es la doncella?

D.ª VIOL. ¡Ella es!

ESCENA XII.

DICHOS.—INÉS, que adelanta presurosa viniendo del fondo.

INES. ¡Señora! ¿sois vos? ¡Ah! ¡si!
¡Gracias á Dios que aquí estais
y de un hombre os amparais!
¡Vámonos pronto de aquí,
no venga el señor aquel
que con todos atropella!

D. CESAR. ¡Brava pinta de doncella!

INES. ¡Bravo galan! ¿Quién es él?

D.ª VIOL. ¡Mi don César!

INES. ¡Ah!... ¡por vida!...

pues me alegro, si señor,
que ya era mucho dolor
veros al dolor rendida;
y el «¡yo me muero! y ¡no es
esta vida para mí!
¡oh! ¿por qué le conocí
para perderle despues?
y aquel continuo gemir,
y aquel sin fin suspirar,
y aquel eterno llorar,
y el no comer ni dormir.
¡Pronto, pronto, casamiento;
y rabie quien no quisiere!
Pero fuere lo que fuere,
marcharnos en el momento
es lo mas prudente acaso;
que el que nos sigue, señora,
que allá está riñendo ahora,
en cuanto salga del paso,
que saldrá, porque saldrá,
porque mucho poder tiene,
tras de nosotras se viene,
y Dios sabe la que habrá.

D. CESAR. ¿Qué ha de haber estando yo
con mi Violante adorada?

INES. Es que vos no podeis nada
contra el tal que nos siguió.

D. CESAR. ¿Quién á fé tu dicho abona?

INES. Se os queda la lengua fria
si os dice la lengua mia
el nombre de esa persona.

D. CESAR. ¿Pues quién es?

INES. Un tal señor,
que si le nombro os asombra,
porque el tal señor se nombra...

D.ª VIOL. ¡Acaba!

INES. ¡El emperador!

D.ª VIOL. } ¡El emperador!
D. CESAR. }

INES. ¡Si! ¡si!
cuando en la ciudad entró,
tan cerca de mí pasó,

que á mi contento le ví:
y aunque un siglo trascurriera,
en viéndole yo la cara,
entre ciento le sacara.

D. CESAR. ¡El emperador!

INES. Si: él era;
¿y qué en esto os maravilla?
él era, el rey, si señor,
que á hacer aqui el rondador
se vino de tapadilla.

D. CESAR. ¡Imposible!

INES. Pues oid
la historia del caso entera:
Cuando mi señora y yo
nos vinimos á la fiesta
en busca de un bien perdido
y mal llorado don César,
á poco, un noble encubierto
de aquestos que piratean
se nos pegó: mi señora,
que es una roca, una fiera,
un áspid, un basilisco,
para todo el que no sea
el don César de sus culpas,
por quien tanto á Dios molesta,
echóle; pero el echado
firme que firme en su tema,
quiso despejar de nubes
el sol, ó, porque me entiendan,
al manto de mi señora
llevó la mano indiscreta.
Á este punto, un embozado
que nos seguia de cerca,
dijo con voz sorda y ronca:
—El que de hidalgo se precia
debe respetar las damas,
y el que cortés no las tenga
el miramiento debido,
es un villano. El que crea,
dijo el hidalgo pirata
con voz airada y soberbia,
que puede ser que á quien soy

llegueu sus palabras necias,
por Dios vivo que se engaña,
y váyase y no se meta
en lo que nada le importa,
ó he de arrancarle la lengua.
—¡Á mí!—¡Á vos!—¡Sepamos cómo!
—El cómo de esta manera.—
Y desnudando los hierros
se armó tan hermosa fiesta
de tajos y de reveses,
tan sonora y tan espesa,
que asustada mi señora
dió á correr, y yo, traspuesta,
enredándome en la saya,
dí con mi persona en tierra.
Ya á este tiempo la justicia
aumentaba la pendencia,
y al levantarme del suelo
me hallé con la ronda envuelta
entre un diluvio de tajos
y un huracan de blasfemias.
De improviso, un alguacil
acercando su linterna
al hombre que batallaba
solo, con la ronda entera,
como aquel hombre perdiese
el antifaz con la briega,
antes que con el embozo
el semblante se cubriera
yo se le ví, y era el mismo
que vide con pompa régia
entrar no ha mucho en Granada
con timbales y trompetas
cercado de cortesanos:
¡el emperador! ¡si! ¡él era!
lo jurara á siete cruces:
¡vaya! ¿pues qué, soy yo ciega
ó se me antojan visiones?

D. Cesar. ¡El emperador! ¡si fuera
verdad!...

(Algun tiempo antes, se ha oido á lo lejos el chocar de muchas espadas que se acerca.)

y la riña aun dura,
y encarnizada se acerca.
D.ª Viol. ¡Vámonos al punto á casa!
D. Cesar. Yo me quedo.
D.ª Viol. ¡Que te quedas!
¿y para qué?
D. Cesar. Para mucho.
D.ª Viol. ¡Ah, no por Dios!
D. Cesar. Me interesa
la vida acaso esa riña.
D.ª Viol. ¡Ay mi perdido don César,
que temo otra vez perderte!
D. Cesar. No por cierto, nada temas,
vuélvete tranquila á casa,
que iré muy pronto, y mi seña
será una cancion de amores.
¡Vete! ¡vete, que se acercan!.
D.ª Viol. ¡Que Dios quiera protegerte!
Ines. ¡Que Dios protegeros quiera!
(Vánse por la derecha.)

ESCENA XIII.

D. CÉSAR, solo.

¡Oh! ¡si mi contraria suerte
cediendo en su empeño fiero
permitiese que mi acero
al rey defendiendo fuerte
indulto de aquella muerte
me diese que á un hombre di!
¡Acaso... y la riña... si...
se acerca, y ya mas trabada!
pues, señor, mano á la espada:
¡nadie ha de pasar de aquí!
(Se emboza hasta los ojos, se tercia la capa y desnuda la espada.)

ESCENA XIV.

D. CÉSAR.—D. CÁRLOS rebozado, riñendo con un ALCALDE y seis ALGUACILES.

ALCALDE. ¡Dése á la ronda del rey!
D. CARL. ¡Hágase la ronda atrás,
que no le herí por detrás
sino en riña, á buena ley!
ALCALDE. ¡Matadle!
D. CESAR. (Embistiendo con la ronda.)
¡No, vive Dios!
¡que si contra seis lidiais
y mala parte llevais,
seremos contra seis, dos!
ALCALDE. ¡Ved que es un hombre homicida
el hombre que defendeis!
D. CESAR. Solo miro que son seis
espadas contra su vida.
ALCALDE. ¡Favor al rey!
UN ALG. ¡Ay de mí!
¡muerto soy!
OTRO. ¡Válgame Dios!
D. CESAR. Sigue la cuenta y van dos.
(La ronda cede: D. César se la lleva á cuchilladas hácia el fondo.)
¡Eh! ¡largo! ¡largo de aquí!
(La ronda huye.)
¡Ved qué viento!
(Á D. Cárlos)
¡El diablo alcance
á justicia que tal corre!
(Envaina la espada.)
D. CARL. (Envainando la suya.)
Aunque es difícil se borre
al recordar este lance
de mi memoria el valiente
que tal hizo por mi vida,
caballero, es bien que os pida,
vuestro nombre.
D. CESAR. No consiente,

señor, mi fortuna escasa
que os diga mi nombre.
D. Carl. ¡Qué!
¿no le teneis?
D. Cesar. Si, si á fé,
y de muy ilustre casa.
D. Carl. ¿Pues qué causa puede haber
para que asi le encubrais?
D. Cesar. Os ruego que no insistais
en lo que no puede ser.
Y á mas, no tiene valor
lo que por vos hice aquí,
que obré solo, cual debí
dándoos ayuda, señor.
D. Carl. No ha de ser por vida mia
que encubierto se me vaya
hombre que tan alto raya
en generosa hidalguia.
¿Qué puede ser quien tal obra
mas que un bravo pendenciero,
que mide con el acero
lo que de audacia le sobra?
(Aparecen en el fondo Vargas y algunos embozados.)
Esperad; ya viene aquí
gente que mandé llamar,
y en ella no ha de faltar
quien responda al rey por mí.
D. Cesar. ¡Responder el rey del rey!
D. Carl. ¿Qué habeis dicho?
D. Cesar. (Arrodillándose.) Que cumplí
defendiendo al rey aquí
de vasallo con la ley.
D. Carl. ¡Alzad, imprudente, alzad!
(Alzando á D. César.)
y cual callais vuestro nombre,
callad, que habeis visto al hombre
en la sacra majestad.
Callad y merced cumplida
pedidme, que yo os la doy.
D. Cesar. Pregonado, errante voy
guardando, señor, mi vida.

D. CARL. ¿Qué delito, en conclusion,
cometisteis?
D. CESAR. Maté á un hombre.
D. CARL. ¡Fué gran culpa!
D. CESAR. No os asombre,
que le maté con razon.
D. CARL. ¿Razon tuvisteis?
D. CESAR. Si á fé;
y mil veces le matara;
su mano puso en mi cara:
¡si, con razon le maté!
Y si á la vida volviese
otra vez don Luis Moncada,
sangrienta otra vez mi espada
á mis plantas le tendiera.
D. CARL. Pues razon es disculparos,
y quiero tengais señal
de que mi palabra real
empeño de perdonaros.
(Le da una sortija.)
D. CESAR. ¡Ah, gran señor!
D. CARL. Basta: id,
y nunca, nunca abuseis
del secreto que sabeis.
D. CESAR. ¡Ah! ¡yo os lo juro!
D. CARL. Partid.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XV.

D. CÁRLOS.—VARGAS, algunos embozados por el fondo.

VARGAS. ¡Señor!
D. CARL. ¡Silencio! fué grave
el lance: Dios me salvó,
que un milagro permitió,
que si no, Vargas, ¿quién sabe?
Y por Dios que no quisiera
que en esta aventura insana
me viese criatura humana
por un acaso cualquiera.
¡Oh! ¡qué noche!

VARGAS. Por demás
fué arriesgarse.
D. CARL. Era extremada
en donaire la tapada
y tentóme Satanás.
Yo no sé cómo inconstante
pude, al ver su gentileza,
asi olvidar la belleza
de la insensible Violante.
Mas la tapada pasó
y Violante queda aquí.
(Poniéndose la mano sobre el corazon.)
¿Qué has hecho, Vargas, por mí?
VARGAS. Á las doce me citó
la dueña.
D. CARL. El empeño es grave.
¿En su casa habré de entrar?
cuida, Vargas, de evitar
un escándalo.
VARGAS. Ya sabe
vuestra majestad, señor,
que soy prudente.
D. CARL. Lo sé,
y por eso te encargué
del secreto de mi amor.
Adios: oculto en el coche,
que encontrarás junto al puente,
quedo aguardando impaciente.
(Se va por la derecha: los embozados le siguen.)

ESCENA XVI.

VARGAS, solo.

¡Que Dios maldiga tal noche!
y es preciso obedecer,
porque es fuerza al rey servir,
y aunque hubiera de morir
lo que me manda he de hacer.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin casa de D. Juan; á la izquierda un pabellon con una puerta y una ventana; á la derecha árboles, y entre ellos un postigo; al fondo árboles, y tras ellos una tapia; una fuente con agua que corre en segundo término; flores, la luna mas baja que en el acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA VIOLANTE, INÉS.

D.ª VIOL. Gracias á Dios que aquí estamos,
que nunca pensé llegar.

INES. ¡No ha estado mala la noche!

D.ª VIOL. ¿Si habrá venido don Juan?
Vete á registrar la casa.

INES. En la verbena estará
divirtiendo á vuestra prima,
que es mi señor muy galan.
Dadme el manto: voy á ver:
vuelvo al momento á charlar
con vos de nuestra aventura.
¡Brava noche! ¡voto á tal!
(Váse por la izquierda, fondo.)

ESCENA II.

DOÑA VIOLANTE, sola.

¡Oh, si con buena ventura
de su aventura saldrá
mi don César! si al rey salva
de que le vean la faz
alguaciles, su perdon
tiene sin duda: quizá
no era el rey el que reñia;
púdose Inés engañar.
¡Es tan loca! ¡estoy temblando!
¡me devora la ansiedad!
¡amar de aquesta manera
es morir, que no es amar!
¡Ah don César de mi vida!

ESCENA III.

DOÑA VIOLANTE.—INÉS, que entra.

INES. Toda la casa está en paz:
duerme la dueña, y durmiendo
los lacayotes están:
hasta el perro está dormido
en el cancel del portal:
vuestro hermano por la reja
pelando la pava está
con vuestra prima doña Ana;
estamos en libertad:
nadie verá aquí á don César.
D.ª VIOL. ¡Aquí, Inés!
INES. ¿Pues no ha de entrar?
D.ª VIOL. No: le hablaré por la reja.
INES. En la calle está don Juan,
y solo nos queda libre
la callejuela.
D.ª VIOL. ¡Es verdad!
Pero si viene don César
¿por qué parte le he de hablar?

INES. En llegando, abro el postigo,
le llamo, viene, y en paz.
D.ª VIOL. ¿Has pensado lo que has dicho?
INES. ¿Qué hay en ello que pensar?
¿no vais con él á casaros?
¿no pide la enfermedad
que sufris cura de Iglesia,
como pasa á cada cual,
que yo tambien ando enferma
de doncellez?...
D.ª VIOL. ¡Lograrás
que me enoje!
INES. ¿Á qué ese enojo,
si lo que he dicho es verdad?
Vos os morís por don César,
y yo dada á Barrabás
estoy, por un desdichado
alguacil, persona tal,
que ni pintado le hicieran
mejor para maridar:
es manso como un cordero,
grandísima cualidad
para llevar con paciencia
la coyunda conyugal:
tan miserable de suyo,
que se corre por no dar,
y á todas horas corrido,
no vergüenza, espaldas da:
suele recibir dineros,
pero palos muchos mas:
á marido sentenciéle
apenas le ví la faz,
porque el que nace marido
se pregona sin hablar:
me le trajeron de burlas
un dia de carnaval,
y yo que burlas no gasto,
me le tomé en propiedad.
Él corchete y yo corcheta,
nos llegamos á enredar,
y tan asido le tengo
que no se me escapará.

En cuanto vos os caseis
enciendo el candil nupcial,
me desdoncello y *laus Deo*,
átole al yugo y en paz:
me caso por ser señora
y libremente volar,
que he nacido yo muy libre
y adoro la libertad.

D.ª Viol. Con asombro te he escuchado,
y cierto que tú no harás
lo que dices.

Ines. Me prevengo
por si me saliere mal;
que es mejor en un apuro,
que ser ahorcado, el ahorcar.
Pero hablando de otra cosa,
¿y vuestro amante imperial?

D.ª Viol. No me hables de él; hartas penas
con sus amores me da.

Ines. ¿Penas por lo de esta noche?
si no le visteis la faz
ni él os ha visto los ojos.

D.ª Viol. Llevóme un dia don Juan
á la córte ha poco tiempo
y me vió su majestad.

Ines. ¿Y se enamoró?

D.ª Viol. Miróme
toda la audiencia.

Ines. ¿Y qué mas?

D.ª Viol. Nada: los ojos en tierra
estuve, sin despegar
los labios, mientras mi hermano
presentó su memorial,
y el emperador leyéndole
y mirándome á la par,
dijo á mi hermano:—Sereis
de mi guardia capitan;
que fué vuestro padre bravo,
y le quiero en vos premiar.
¿Y vuestra hermana es casada?
—No, señor, dijo don Juan.
—Pues fuerza será casarla,

dijo el rey, con hombre tal,
que tenga á merced la boda.

INES. ¿Y quién le mete á chalan
de casamientos al rey?

D.ª VIOL. Eso pasó y nada mas;
pero de allí al otro dia
en mi libro de rezar
hallé un billete.

INES. ¿Del rey?

D.ª VIOL. Del rey, si; que pensó audaz
deslumbrarme.

INES. ¿Y vos, qué hicisteis?

D.ª VIOL. Á modo de memorial,
puse á su carta un decreto.

INES. ¿Y cómo? ¿y cómo?

D.ª VIOL. Verás.
«Para amores de casados
que no se pueden casar;
para reyes que se olvidan
de que honradas damas hay,
que tan solo una vez aman
porque bien saben amar;
para soberbios que quieren
que todo á su voluntad
se doblegue humildemente
ó se venda, no ha lugar.»
Y por bajo como firma,
«la esclava de su galan.»

INES. ¡Bravo! ¡muy bien habeis hecho!
Don César mejor será;
porque será al fin marido
que nadie os podrá quitar,
y reyes emperadores
por donde vienen se van.

D.ª VIOL. ¿No sientes ruido en la calle?

INES. Alguien que pasa será.

D.ª VIOL. Se detienen.

INES. Será alguno
á quien le importe aguardar.

D.ª VIOL. Han tosido.

INES. Y es tosido
que conozco: ¡pese á tal!

¡Lagartija! ¡es Lagartija!
pero yo no le cité,
y cuando á buscarme viene
gran cosa por fuerza es
la que á estas horas le trae.
Veremos.

D.ª VIOL. ¿Qué vas á hacer?

INES. Abrirle.

D.ª VIOL. ¿Pero estás loca?
No abras.

INES. Ya está: venga ucé,
señor Lagartija, y entre.

ESCENA VI.

DICHAS.—LAGARTIJA.

LAGART. ¡Oh, milagro! ¡oh, fiera Inés,
que por fin te domesticas!
¡oh, dicha! ¡oh, noche! ¡oh, mujer!
¡oh, alguacil! ¡dáme los brazos!

INES. Calla, necio: ¿pues no ves
que está mi señora aquí?

LAGART. ¡Tu señora! ¡me quemé!
como la calle está oscura
y es de noche... como... pues...
perdonad... pero es el caso
que yo vine no sé á qué:
¡ah! si, con cierto mensaje
que me ha dado no sé quién
para tí... no, para vos:
lo que me digo no sé:
tú tienes la culpa.

INES. ¡Yo!

LAGART. Conmigo has dado al través:
es el caso que... por fin...
(Á Doña Violante.)
beso humilde vuestros piés:
de un galan soy carta viva,
ó bien andante papel.

D.ª VIOL. ¡De un galan! ¿por mí vinisteis?

LAGART. Y solo por vuesarced

y por miedo á mi señor;
digo, á mi señor que fué,
que cuando lo fué me daba
cada fiero puntapiés
en parte que no se nombra,
mas que es fácil comprender...
¡vamos, no sé lo que digo!
Di tú lo que falta, Inés.

INES. ¿Es don César quien te envia?

D.ª VIOL. ¡Don César!

LAGART. Don César ¿eh?
yo pienso que si.

D.ª VIOL. ¿Ha salido
de su aventura con bien?

LAGART. Como le cojan le ahorcan.

D.ª VIOL. ¿Pues qué ha hecho?

LAGART. No hay por qué
asustarse, si no es nada...
una aventurilla.

D.ª VIOL. ¿Qué?

LAGART. Mató á un hombre.

D.ª VIOL. ¡Dios piadoso!

LAGART. Metióle en un santiamen
vara y cuarta de Toledo,
que asi las da su merced.
Yo lo ví... ¡qué noche aquella!
Dios tenga en su gloria, amen,
al difunto.

D.ª VIOL. ¿Pero cuándo
mató al tal hombre?

LAGART. Hace seis
meses.

D.ª VIOL. ¡Ah! pues de ese lance
no hablaba yo.

LAGART. ¿Pues por qué
aventura me pedisteis?

D.ª VIOL. Lleguéle un momento á ver
en la verbena esta noche,
hablamos, y le dejé
resuelto á prestar ayuda
en un lance, no sé á quién.

LAGART. Pues entonces, si le visteis

despues que yo le encontré,
aquí me sobro yo todo;
recibidme á vuestros piés
por lacayo y alguacil,
y vóime al punto; que es bien
que yo le espere y le avise
que le espera vuesarced.

D.ª VIOL. Id en paz, y por el porte
tomad. (Le da dinero.)

LAGART. De vos tomaré
cuanto tomable me diereis.
(Á Inés.) Adios, venenosa Inés,
adios, ilustre fregona...
adios, y para otra vez
sé doncella sin señora.

INES. Espere y sufra.

LAGART. Si haré. (Váse.)

ESCENA V.

DOÑA VIOLANTE, INÉS.

INES. ¿Veis si os ama? aun no sabia
que os iba por dicha á ver
y ya os mandaba recado.

D.ª VIOL. ¡Ay mi corazon!

INES. ¿Qué fué?

D.ª VIOL. ¿No escuchas cómo puntean?

INES. Don César debe de ser.
¡Y qué bien que tañe! Voy
á abrirle.

D.ª VIOL. ¡No!

INES. Su merced
(Abriendo el postigo.)
venga acá, señor hidalgo.

D.ª VIOL. ¡Qué has hecho!

INES. Lo que se vé.

ESCENA VI.

DOÑA VIOLANTE, INÉS.—D. CÉSAR por el postigo.

D.ª VIOL. ¡Oh, qué imprudencia!
D. CESAR. Mi amor
disculpe mi atrevimiento.
D.ª VIOL. ¡Mi hermano!...
INÉS. Pela contento
la pava mi buen señor.
Con doña Ana en la calleja
del otro lado se está,
charla viene, charla va,
haciendo poste á la reja.
Podeis hablar sin cuidado,
yo desde allí miraré
al patio, y ojo echaré
cuidadosa á este otro lado;
que sirvo yo bien á Dios
en mi oficio de doncella.
D. CESAR. ¡Habrá loca como ella!
INES. ¡Habrá loco como vos!
mas decid pronto, decid,
que ya, por saber rabiando,
estamos agonizando.
D. CESAR. He salvado en buena lid
al emperador.
D.ª VIOL. ¡Dios mio!
¡entonces, tu perdon tienes!
D. CESAR. Se ha cansado de desdenes
mi duro destino impio.
INES. Me alegro; pero contad,
que el lance debió ser bueno.
D.ª VIOL. Cuenta, si.
D. CESAR. Firme y sereno
reñia su majestad
con una ronda empeñada
en prenderle: yo lo veo;
de mi perdon con deseo
y al par con lealtad honrada,
con el hierro toledano

con que altivo dí la muerte
á quien por su mala suerte
puso en mi rostro su mano,
junto al rey me pongo fiero,
embisto á la ronda armada
la capa al hombro terciada,
á los ojos el sombrero:
eramos dos, ellos seis:
los acuchillo, los domo,
á este dejo, al otro tomo,
¿los visteis? ¡ya no los veis!
Alas el miedo prestaba
á la ronda que corria,
y el rey que se me encubria,
mi nombre me preguntaba:
rendido á sus plantas caigo,
álzame, pregunta, cuento
mi desdicha, escucha atento,
conmigo su perdon traigo,
y esta sortija me abona
la real palabra clemente
de un rey que encierra potente
dos mundos en su corona.

D.ª VIOL. (Viendo la sortija.)
¡Oh cúan rica! ¡cuán hermosa!

INES. Un Perú vale la alhaja;
y en ella al par se baraja
con real perdon paga honrosa.

D. CESAR. Haré de esta prenda real,
que magnífica asegura
con mi perdon mi ventura,
tu rico anillo nupcial.

D.ª VIOL. ¡Oh, si! que será mi amor
tan fino, puro y constante,
como el precioso diamante
del altivo emperador.
¿Qué piensas de aquesto, Inés?

INES. Que vos sois muy noble dama,
que amais rendida al que os ama,
y que en este lance hay tres.

D. CESAR. ¡Acertijos!

INES. Un amante

hay aquí, y ese sois vos,
con mi señora sois dos
y tres sois con el diamante.

D. CESAR. ¡Ah!

INES. ¿Lo comprendeis? colijo,
pues casi marido ya
para vos tan claro está,
que es muy claro el acertijo.

D. CESAR. ¡Por quien soy que al rey matara
si á mi amor hiciera ofensa!

D.ª VIOL. Tiene tu amor su defensa
en mi virtud que le ampara:
y está tan en cautiverio
mi amor del tuyo y tan loco,
que para matarle es poco
todo el peso de un imperio.

D. CESAR. ¡Oh, mi cabeza delira
y mi corazon se abrasa;
me parece lo que pasa
ilusion, sueño, mentira!

D.ª VIOL. Vete ya, que el tiempo en balde
perdemos, y te persiguen.

ESCENA VII.

DICHOS.—LAGARTIJA por el postigo.

LAGART. ¡Señor!

D. CESAR. ¿Qué quieres?

LAGART. Me siguen
los pasos ronda y alcalde:
un soplon os vido entrar
en el jardin, y ha soplado;
las salidas han tomado,
y es necesario escapar.
Mirad que el alcalde tiene
condicion y humos de fiero;
os aviso y no me espero
porque esperar no conviene.

ESCENA VIII.

DICHOS, menos LAGARTIJA.

INES. Pronto á la tapia subid
y al otro huerto saltad.
D. CESAR. ¿Y Violante?
INES. Eso dejad
á mi cargo: vos venid.
(Se arrima con D. César á la tapia y este salta al otro lado.)

ESCENA IX.

DOÑA VIOLANTE, INÉS.

D.ª VIOL. ¡Tiemblo toda!
INES. No hayais miedo;
ya don César se salvó,
y para salvaros yo
con la justicia me quedo.
D.ª VIOL. ¿Y qué hacer?...
INES. Por el terrado
á casa de vuestra prima;
y pronto, no se eche encima
ese alcalde desalmado.
D.ª VIOL. ¡Ay, Inés!
INES. Pronto, subid
y á vuestra prima buscad:
en su casa os amparad;
no mas réplicas; salid.
(Váse por el fondo izquierda.)

ESCENA X.

INÉS.—Un ALCALDE dentro.

INES. Por fin: al postigo acudo
y brava á la ronda espero.
¡Estos malditos alcaldes...
(Llaman al postigo.)
¡Llaman! que llamen mas recio:

vuelven á llamar: ¡Aprieta!

ALCALDE. (Dentro.)
¡Ah de la casa!

INES. (No entiendo.)

ALCALDE. Abrid al rey.

INES. (Que se aguarde
su majestad.)

ALCALDE. Echaremos
la puerta abajo.

INES. (Es preciso
responder, que esto va sério.)
¿Quién es?

ALCALDE. ¡La justicia!

INES. (¡Zape!)
¿Y qué quiere?

ALCALDE. Que abrais presto.

INES. Soy doncellita, señor,
y los hombres me dan miedo.

ALCALDE. ¡Abra al punto, ó voto al diablo!...

INES. No reniegue.

ALCALDE. ¡Abra al momento!

INES. Yo pensé qne la justicia
no gastaba tan mal genio:
(Abre y entra el Alcalde con los alguaciles.)
entrad; pero no hagais ruido,
que estan los amos durmiendo.

ALCALDE. ¿Y vos por qué no dormis?

INES. Estoy tomando el sereno
á ver si me pongo blanca.

ALCALDE. ¿Doncella sois?

INES. Por completo.

ALCALDE. ¿De servicio?

INES. No me insulte.

ALCALDE. ¿Estais sola?

INES. No por cierto,
aunque bien quisiera estarlo.

ALCALDE. ¿Quién os acompaña?

INES. Creo...
que el diablo; porque un alcalde
y el demonio son lo mesmo.

ALCALDE. ¿Respondereis?

INES. Ya respondo.

ALCALDE. ¿Á quién servis?
INES. Al dinero.
ALCALDE. No es eso lo que os pregunto.
INES. Y yo os respondo lo cierto,
que sirvo por lo que cobro
y cobro por lo que vendo.
ALCALDE. ¿Y qué vendeis?
INES. La paciencia,
aunque en algunos momentos,
cual agora, va de balde.
ALCALDE. Sois taimada á lo que creo.
INES. Y vos sois mas pregunton
que el catecismo...
ALCALDE. ¡Silencio!
¿No responde?
INES. Me mandais
que calle.
ALCALDE. Hablad: os lo ordeno.
INES. Érase un Alcalde tonto
con sus puntas de mostrenco...
ALCALDE. ¡Qué decis!
INES. Quereis que hable
y os voy á contar un cuento.
ALCALDE. ¿Quién vive en aquesta casa?
INES. El que la tiene en arriendo.
ALCALDE. ¡Vive Dios!
INES. Viva y reviva.
ALCALDE. Haré con vos un ejemplo
si os empeñais en burlarme.
INES. Para burlas está el tiempo.
ALCALDE. Aquí se entró un foragido.
INES. Media docena á lo menos
háse entrado.
ALCALDE. ¡Qué decis!
INES. Que entrasteis vos y los vuestros.
ALCALDE. ¡Mire que si la paciencia
se me acaba!...
INES. ¡Y qué tenemos!
ALCALDE. Reverencie á la justicia
y responda.
INES. ¿Á que este cuento
es el de nunca acabar?

ESCENA XI.

DICHOS.—LAGARTIJA, que entra por el postigo.

LAGART. ¡Señor Alcalde!
ALCALDE. ¿Qué es esto?
LAGART. Si quereis prender al punto,
al instante, en el momento,
al criminal mas famoso,
al homicida mas fiero,
al alma mas desalmada,
al mas diablo del infierno...
ALCALDE. Pare, pare.
LAGART. Ya me paro.
ALCALDE. Diga el nombre sin rodeos.
LAGART. Don César Perez de Andrade.
ALCALDE. ¡Qué decis! ¿pues no está dentro
de este jardin?
LAGART. No señor,
dió un tenazon estupendo,
hizo que se entró y no entróse;
yo le he seguido y le dejo
escondido, agazapado,
temeroso y encubierto
en el callejon del Gato.
ALCALDE. No es mal gato el tal mancebo.
LAGART. Sabe ucé que es sin salida
el tal callejon y estrecho.
ALCALDE. ¿Estais seguro?
LAGART. Sí estoy.
ALCALDE. ¿No fué vision?
LAGART. Yo no tengo
telarañas en los ojos.
ALCALDE. (Dirigiéndose á la ronda.)
Pues vamos allá, podencos;
y apretad los puños, hijos,
porque es tal el tal mancebo,
que de un hombre hace dos hombres
segun raja á tajo seco.
(Á Lagartija.)
¡Lagartija!

LAGART. Seor Alcalde.
ALCALDE. Aquí os quedareis.
LAGART. Me quedo.
¿Y qué hago aquí?
ALCALDE. Esta doncella
retened en cautiverio.
LAGART. No la dejaré ni un punto.
ALCALDE. Osó faltarme al respeto.
De ella respondeis.
LAGART. Respondo.
ALCALDE. Quedad con Dios.
LAGART. Con Dios quedo.
(Á la ronda.)
ALCALDE. ¡Ahora conmigo, lebreles!
(Sale por el postigo, seguido de los alguaciles.)

ESCENA XII.

INÉS, LAGARTIJA.

LAGART. ¡Ay, Inés!
INES. ¡Ay, embustero
de mi vida!
LAGART. Por lo pronto
todo va bien; mas te advierto
que si vuelven y me cogen
y se enteran del enredo,
me montan en un borrico...
INES. ¿Y qué pierdes?
LAGART. ¿Que qué pierdo?
tienes razon, porque gano
si me entrecogen doscientos
azotes á penca limpia
y á grito de pregonero:
«á este alguacil se le azota
por taimado, por mostrenco,
por encubridor de pícaros,
por fabricante de cuentos,
por enamorado loco,
por zascandil y por necio:
quien tal hace que tal pague;
dále firme y tente tieso.»

Yo, señora doña Inés,
necesito un agujero
en donde esconderme.

INES. Vete
por esas tapias al huerto
de la casa de doña Ana.

LAGART. ¿Y tú irás?

INES. ¡Pues ya lo creo!
pasaré por el terrado,
que me estorba el faldamento
para saltar por la tapia.

LAGART. ¿Y habrá escondite secreto
en donde los dos quepamos?
porque, Inesilla, te advierto
que si te cogen te empluman.

INES. ¡Emplumarme! no hay mastuerzo
que me arrime á mí una pluma
y me convierta en plumero.
Vete pronto, que ya es tarde
y no es de bromas el tiempo.
(Se acercan á la tapia por el lado de la derecha.)

LAGART. Hazme estribo, empuja un poco.
(Inés le ayuda á subir.)
Ya estoy arriba; hasta luego.
¡Ay de mí!
(Cae de la otra parte de la tapia, y al mismo tiempo se oye el golpe de un cuerpo en agua.)

INES. Cayó al estanque
del jardin: á bien que el tiempo
es caliente y poco el fondo.

LAGART. (Dentro, con voz quejumbrosa.)
¡Inés!

INES. ¡Lagartija!

LAGART. Entiendo
que soy sopa y no alguacil.

INES. Te has dado un baño, y es bueno,
porque andabas por las nubes.
¿Has salido ya?

LAGART. Y mas fresco
que una lechuga inverniza.

INES. De tu frescura me alegro.
Adios, hijo.

LAGART. Adios, tirana.
¡Ay, amor, cómo me has puesto!

ESCENA XIII.

INÉS, sola.

Don César tiene ya indulto;
pero entre pruebas y enredos
puede encerrarnos á todos
la justicia, y un encierro
no gusta aunque dure poco:
forzoso es hurtar el cuerpo
hasta que pase el chubasco:
escapemos lo mas presto
que se pueda: ¡pero calle!
¿luz en el patio? ¿Despierto
quién andará por la casa?
¡La Dueña de los infiernos!
Nunca me gustó esa bruja:
¿á qué viene? Lo veremos.
(Se oculta en el pabellon.)

ESCENA XIV.

La DUEÑA, por la izquierda.

Las doce ya habrán sonado
y el galan llegará ansioso
en busca del dueño hermoso
que tan caro me ha pagado.
Á cumplir lo prometido
vengo lista, y no habrá queja
de mí el amor, pues que vieja
y moza, bien le he servido.
¿Qué me importa que Violante
se pierda si yo me gano
y tengo llena en la mano
la rica bolsa sonante.
(Suena una bolsa con dinero que tiene en la mano.)
¡Qué música la del oro!
¡me vuelvo loca por ella!

¡la adoré cuando doncella,
y agora vieja la adoro!
El oro es la bendicion
con la que todo se allana;
no hay cosa mas soberana,
que el soberano doblon:
él las arrugas estira,
él las canas ennegrece,
y moza y bella parece,
vieja que doblones tira.
No ha de faltar quien me avance
ni quien me arrulle amoroso:
¿oro tengo? tengo esposo:
para la vieja es el lance.
La niña se amansará,
porque al fin se amansan todas,
haremos juntas las bodas...

INES. (Saliendo del pabellon y asiendo á la dueña.)
¡Y el diablo se alegrará!

DUEÑA. ¡Ay de mí!

INES. Silencio, bruja,
ó das al infierno el alma.

DUEÑA. ¡Señora Inés, tenga calma,
que me sofoca, me estruja!
¡oiga!

INES. ¿Mas que lo que he oido
y mas que lo que estoy viendo?

DUEÑA. Me he venido aqui durmiendo
sin saber como he venido.

INES. ¡Suelta la bolsa! (Quitándole la bolsa.)

DUEÑA. ¡Eso no!
¡primero el alma! ¡ladrones!

INES. Has vendido por doblones
el honor que guardo yo.
Mi fiero valor le ampara:
¡esta bolsa!... ¡en iras ardo!,
¡para tirarla la guardo
al que te la dió, á la cara!
¡Ven, infame!

DUEÑA. ¡Suelta!

INES. ¡Oh,
cuando te deje encerrada!

¡Venga el manto, desastrada,
(Le quita el manto.)
que quiero encubrirme yo!

DUEÑA. ¡Habrá justicia en la tierra!

INES. ¡Para ahorcarte por bribona!
ya, ya verás si es persona
la Inesilla que te encierra.
(Encierra á la dueña en el pabellon.)

ESCENA XV.

INES, sola.

¿Será el rey?... puede que si;
pero el rey... puede que no:
por si es él, me quedo yo
para recibirle aquí.
Si viene el alcalde y da
conmigo en la cárcel... ¡ea!
aquí me hallará el que sea
y lo que fuere será.
¡Infame!... ¡vender liviana
el honor de su señora!...
las doce: llegó la hora:
(Dan las doce á lo lejos.)
veremos quién es quien gana.
Pégome fiel al postigo
y aguardo con valor fiero
á que, rey ó caballero,
se presente el enemigo.
Rumor escuchar se deja
de pasos; en guardia ya:
se acercan; fuerza será
por un momento ser vieja.
(Llaman al postigo.)

ESCENA XVI.

INÉS.—Poco despues D. CÁRLOS y VARGAS, por el postigo.

INES. (Llaman.) ¿Quién es?
(Fingiendo la voz de vieja.)

VARGAS. (Dentro.) Buena madre,

pues espera, abra al momento.
INES. ¡Si por Dios, entre el hidalgo!
(Inés abre el postigo, y entran D. Cárlos y Vargas.)
VARGAS. Entrad, señor.
D. CARL. ¡Vive el cielo,
Vargas, que en aqueste lance
de mí mismo me avergüenzo!
VARGAS. Aun podemos retirarnos.
D. CARL. No puede ser, que me quemo
en el fuego de sus ojos,
mariposa de ese fuego.
INES. (Á D. Cárlos.)
Estorba el otro, señor,
que vaya á tomar el fresco
á la calle.
D. CARL. (Á Vargas.) Vete fuera,
Vargas, y si hubiere riesgo
ven á avisarme al instante. (Vása.)

ESCENA XVII.

D. CÁRLOS, INÉS.

D. CARL. (¡Vive Dios que tengo miedo!)
¿Conque al fin estamos solos?
(Mira á Ines.)
Tú no eres vieja.
INES. Y lo siento,
porque tengo que andar mucho
para llegar á mi invierno,
y soy yo poco andadora
y poco andadera.
D. CARL. Creo
que me hablas como burlando.
INES. Pues el lance es algo serio.
D. CARL. ¿Quién eres?
INES. Juana Estropajo,
doncella de nacimiento,
de servicio y á la fuerza,
que son tres fuerzas á un tiempo.
D. CARL. Donosa estás.
INES. Pues de rabia

estoy, señor, que reviento.

D. CARL. ¿Por qué rabias?

INES. ¡Por infamias!

D. CARL. ¡Qué dices!

INES. Que... ¡vive el cielo!
hay personas que debieran
ser leones, y son perros.

D. CARL. ¿Por quién lo dices?

INES. Por vos.

D. CARL. ¿Me conoces?

INES. Si por cierto,
que os he visto muchas veces.

D. CARL. ¡Mientes tú!

INES. Yo nunca miento.

D. CARL. ¿Sabes á lo que he venido?

INES. Á que os vuelvan un dinero
que os robaron esta noche.

D. CARL. ¿Dónde?

INES. No sé; pero entiendo
que una bruja os ha engañado.
(Da la bolsa á D. Cárlos: este no la toma.)
Tomad el infame precio
de un honor que os han vendido
y está mas alto que el cielo,
donde no llegan ladrones;
y tomadle, señor, presto,
porque me pesa en las manos,
y teniéndole me quemo.

D. CARL. Ese dinero no es mio.

INES. (Arrojando el bolsillo á la calle.)
Pues á la calle le vuelvo
porque le recoja un pobre.

D. CARL. ¡Quieres sin duda un gran precio!
pide un tesoro, y al punto
condúceme al aposento
de tu señora.

INES. Pudiera
sin temor, que no está dentro
doña Violante: no importa:
allí está su casto lecho,
y al lecho de mi señora,
mientras yo la esté sirviendo,

no ha de acercarse hombre alguno,
sino cuando enferme, el médico,
cuando se case, el marido,
ó cuando agonice, el clérigo.

D. Carl. ¡Harás que pase por cima
de tí, loca!

Ines. No hareis eso,
que no estais tan de remate;
y si yo á gritar me meto,
han de escucharme en el moro,
y no habrá un cristiano viejo
que al escándalo no acuda.

D. Carl. ¿Y si los labios te sello?

Ines. No digais eso, señor,
que nunca un hidalgo bueno
amenaza á las mujeres,
y sois un gran caballero.

D. Carl. ¿Quién te lo ha dicho?

Ines. Vos mismo,
que oleis á altivo y soberbio
de mil leguas: si no fuerais
vos quien sois, os echo el perro
porque os muerda, á los criados
levanto, á palos os muelo...

D. Carl. ¡Vive Dios!

Ines. ¿Os pica? ¡bravo!
¿por qué arrastra por el cieno
sus nobles alas el águila
convirtiéndose en mochuelo?

D. Carl. ¿Sabes quién soy?

Ines. Os he visto
en la verbena, riñendo,
como bravo, con la ronda.

D. Carl. ¡Y te atreves!

Ines. ¡Si me atrevo!
os pido, señor, justicia
contra vos mismo.

D. Carl. ¡Silencio!
¡Aventuras de san Juan!
¡otro sonrojo... y mas negro!

Ines. Vos teneis, señor, la culpa:
¿quién os metió á aventurero?

No tengais de mí vergüenza,
que aunque soy de poco pelo
y nunca pude soñar
que hablara con vos, entiendo
que el amor es bicho malo
y vuelve loco al mas cuerdo:
pero es imágen, señor,
el rey del Dios de los cielos,
y debe tener al diablo
á los pies, vencido y preso.
Á vuestras plantas, señor,
(Se arrodilla ante D. Cárlos.)
por vos mismo á vos os ruego.
¡Respetad á mi señora,
que está de amores muriendo
por un hidalguillo pobre
que se derrite en su fuego,
que no tiene mas que á ella
y vos teneis un imperio.
Levantad la faz altiva,
poned la vista en el cielo,
mirad que el alma se pierde,
que el honor no tiene precio,
que para reyes tiranos
existe un Dios justiciero,
y que ante Dios en el juicio
iguales son rey y siervo!
Si temeis que yo publique
de esta aventura el suceso,
que me prendan y me maten
á oscuras en un encierro,
y con mi muerte tendreis
asegurado el silencio.

D. Carl. Alza, loca, y calla, y toma,
(La da una cadena.)
que el sermon ha sido bueno,
y por haberle escuchado
de la aventura me alegro.

Ines. ¡Gran cadena! la recibo,
porque me la dais en premio
del sermon que os he encajado:
pero, señor, idos presto,

que puede venir alguno...
D. CARL. ¿No te ablandas?
INES. ¡Á que vuelvo
al sermon!
D. CARL. ¡No, por Dios vivo!
¡y eres muy linda!
INES. ¡Á que tengo
que predicar por mi cuenta!
si soy linda ó no, lo debo
á Dios, á quien sirvo honrada,
no al rey ni á nadie, y me alegro
por mi novio que me quiere;
por un triste alguacilejo,
siempre espantado y huido.
D. CARL. Habré de darle un empleo
por tí sola.
INES. Muchas gracias:
pero, señor, idos luego,
que hareis que todos se enteren.

ESCENA XVIII.

DICHOS.—VARGAS por el postigo.

VARGAS. ¡Señor! ¡señor!
D. CARL. ¿Qué es aquesto?
VARGAS. ¡La justicia por dos calles
viene hácia aquí!
D. CARL. ¿Y no hay remedio?
VARGAS. Ninguno, si no se habla.
D. CARL. Eso, Vargas, lo postrero.
VARGAS. ¿Y si embisten?
D. CARL. Tajo limpio:
que entren aquí, si aun es tiempo,
los de la guardia, y que pase
la ronda.
VARGAS. (Asomándose al postigo y llamando á los guardias.)
¡Hidalgos! ¡adentro!

ESCENA XIX.

DICHOS.—LOS GUARDIAS por el postigo.

D. CARL. (Á Inés.) Sácame por cualquier parte
de esta casa.

INES. Al otro huerto
podeis pasar por la tapia.

D. CARL. ¡Aventuras del infierno!

VARGAS. (Desde el postigo.)
¡Ved, señor, que se aproximan!

INES. (Acercándose á la tapia. D. Cárlos la sigue.)
¡Por aquí, saltad, y presto!

D. CARL. ¡Firme, Vargas!

VARGAS. (Al rey.) Descuidad.
(D. Cárlos salta al otro lado. Á los de la guardia.)
¡Hidalgos, sacudid recio!
¡que de aquí no pase un hombre!

ESCENA XX.

INÉS.—Un ALCALDE con su ronda de alguaciles llega poco despues.

INES. Pues se salvaron, ya es tiempo
de que yo escape.

VARGAS. (Al Alcalde, que entra con alguaciles.)
¡Quién vá!
(Los guardias tiran todos de las espadas.)

ALCALDE. ¡El rey!

VARGAS. ¡Aquí no entendemos
de rey ni Roque!

ALCALDE. (Tirando de la espada, á los alguaciles.)
¡Lebreles!
¡espada en mano y á ellos!
(Los alguaciles sacan la espadas, riñen y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala baja: al fondo dos puertas; entre las dos puertas un cuadro místico grande que representa una sacra familia: á los piés del cuadro una mesa, y en ella una lamparilla de noche encendida: á la derecha del actor una puerta; á la izqnierda otra: sillones alrededor de las paredes.

ESCENA PRIMERA.

LAGARTIJA, por la derecha del fondo.

Alguacil aperreado,
Lagartija entelerido,
amante trasconejado,
¿adónde vas asustado,
tiritando y encogido?
¡Burrr! ¡el maldito pilon!
no hay amor que se resista
á un baño de sopeton.
¡muerto soy! ¡que Dios me asista!
¡qué noche y qué chapuzon!
Inés, Inés, yo desisto,
porque amándote me gasto
y solo golpes conquisto;
voy á dejar de ser basto
y á ser por sutíl no visto.
Por ir de tu amor detrás

tengo la vida en un tris,
doncella de Barrabás;
—¡ahí es un grano de anis,
la desazon que me das!—
¡Si de esta escapo y no muero,
y no salgo en procesion
con verdugo y pregonero,
juro á san Dimas ladron
no dar mas en lo embustero!
Inés, de tu amor claudico,
de tí me aparto y concluyo
con costas y certifico:
¡me cuesta tanto ser tuyo
que mis derechos abdico!
Busquemos ¡ay! la gatera
por donde de aquí se salga:
como yo me encuentre fuera
larga ha de ser la carrera...

ESCENA II.

DICHO.—D. CÉSAR por la izquierda del fondo.

D. CESAR. ¡Lagartija!
LAGART. ¡Dios me valga!
D. CESAR. ¿Qué haces aquí?
LAGART. ¡Tener miedo!
D. CESAR. ¿Miedo dices?
LAGART. Si, si á fé.
D. CESAR. ¿Por qué ese miedo?
LAGART. ¿Por qué?
me huele á penca este enredo.
D. CESAR. ¡Á muerte me huele á mí!
LAGART. Pues qué ¿no estais perdonado?
D. CESAR. Tráeme el perdon humillado
y no le quiero.
LAGART. ¡Yo si!
D. CESAR. Pese á mi negra fortuna,
á mi fuga vergonzosa,
á la noche silenciosa
y al resplandor de la luna,

á tal sitio vine á dar,
tales cosas llegué á oir,
que es ya forzoso morir
ó despechado matar.

LAGART. Estais, señor, de levante:
¿qué os ha mordido?

D. CESAR. Que ví
al rey que se entraba aquí
por el jardin de Violante:
la luna le dió en la faz,
en la sombra estaba yo
escondido, y no me vió.

LAGART. Su majestad venga en paz.

D. CESAR. ¡Pues la guerra le he de hacer!

LAGART. ¡Vos al rey! ¡hay tal locura!

D. CESAR. ¡Me ha robado mi ventura!

LAGART. ¿No hay acaso otra mujer?
si Violantes os maltratan
y no os entendeis con ellas,
buscad Auroras ó Estrellas.

D. CESAR. ¡Dolor y celos me matan!

LAGART. Dad con Violante al través.

D. CESAR. No puedo, que el alma mia
es suya.

LAGART. ¡Gran tonteria!
pues yo he perdonado á Inés;
y aunque se vuelva alajú
no he de picar en el cebo.

D. CESAR. ¡Del martirio que yo pruebo,
menguado, qué sabes tú!

LAGART. Como el rey nuestro señor
se lleva gente y mas gente
á sus campañas, y siente
grande escasez el amor
de las mujeres, saltando
por un marido estan todas:
pues os setenciais á bodas,
bodas tendreis como y cuando
lo querais poner por obra:
doblones bien puede ser
que falten; ¡pero mujer!
mujeres las hay de sobra.

Vámonos de aquí, señor,
que yo os habré de elegir
dama que os ha de servir
como Violante, ó mejor.

D. Cesar. El rey está en el jardin,
y aquí le habré de esperar.

Lagart. ¿Para que os mande colgar?

D. Cesar. ¡Que ponga en buen hora fin
con mi muerte á mi tormento!

Lagart. ¿Que estais tan desesperado?
porque viene aquí pintado
os voy á contar un cuento.
«Un portugués de buen cuño
dió en la calle un tropezon;
cayóse, y se hizo un chichon,
contra un canto, como un puño.
En su cólera valiente,
por tomar venganza, airado
tiró á la piedra un bocado
y se quedó sin un diente:
y luego, con grande aplomo,
dijo, repasando en ello:
si eres mas dura me estrello:
si eres mas blanda te como.»
Pues lo que os sucede es,
sin quitar ni poner nada,
la consecuencia endiablada
del cuento del portugués:
andando por vuestro amor
contra el rey os habeis dado,
chichon se os ha levantado
y aun quereis morder, señor:
y no sé cómo á las mientes
no os viene, que obrando asi,
os vais á quedar aquí
descalabrado y sin dientes.

D. Cesar. Necio estás.

Lagart. Y loco vos.

D. Cesar. ¡Silencio! pasos sentí
que se dirigen aquí:
¡ven y calla, vive Dios!
(Entran por la puerta de la izquierda del fondo.)

ESCENA III.

D. CÁRLOS, VARGAS.

D. CARL. Con que dices...
VARGAS. Duro y terco
el alcalde con su gente,
en torno y estrechamente,
señor, nos ha puesto cerco:
vuestro nombre apellidó,
los vecinos acudieron,
sobre nosotros cayeron,
y la guardia se entregó.
Yo solo pude escapar;
el postigo abierto hallé,
esas tapias escalé
y aquí me vengo á encerrar.
D. CARL. ¡Es decir, que preso yo
por mis alcaldes estoy!
¡en mal lance andamos hoy!
¿no hay escape?
VARGAS. Señor, no.
D. CARL. ¿Y nada te ocurre?
VARGAS. Nada.
D. CARL. ¡Vive Dios, no he de mostrar
el rostro! ¡no han de contar
que en aquesta desdichada
aventura, me han hallado
como un cualquiera escondido!
VARGAS. Vos, señor, lo habeis querido.
D. CARL. De ello estoy bien castigado.
VARGAS. Á saber este suceso,
¿qué dijera en su arrogancia
el altivo rey de Francia
que teneis en Madrid preso?
D. CARL. El rey Francisco diria
cualquiera sandez hinchada;
que si es mala esta jornada,
fué peor la de Pavía:
sus espuelas perdió allí;
de mis soldados huyó,

y si yo me escondo... yo,
me escondo solo de mí.
¿Qué pueden de esto contar?
que tengo la sangre moza,
que lo que cualquiera goza
yo lo he querido gozar:
ir tras la hermosa tapada
cuyo donaire convida,
trocando un dulce mi vida
por una dulce mirada;
perderse en la confusion
por donde revueltos van,
tanto rendido galan
y tanto hechizo buscon;
ver el cuidado descuido
con que al abrirse de un manto
luce un momento el encanto
de bello rostro escondido,
y en el galante abandono
de aventura enamorada,
romper por una velada
la régia cárcel del trono.

VARGAS. Un rey no puede romper
jamás su cárcel augusta.

D. CARL. Hablar de esto me disgusta;
basta ya... ¡cómo ha de ser!

VARGAS. Mi lealtad...

D. CARL. En hora buena;
tu lealtad te hace cansado;
no olvidaré, ¡mal pecado!
los lances de esta verbena.
Pero fuerza es ocultarme
mientras el peligro pasa,
y del dueño de esta casa,
Vargas, pretendo ampararme:
que antes que escándalo dar
á mi justicia, prefiero
descubrirme á un caballero:
llama pues.

VARGAS. No hay que llamar:
dos mujeres hácia aquí
vienen un patio adelante,

y una, señor, es Violante.
D. CARL. ¿Has dicho Violante?
VARGAS. Si.
D. CARL. ¿Quién viene con ella?
VARGAS. Inés.
D. CARL. La aventura aprovechemos:
Vargas, sígueme: observemos
de aquella puerta al través.
(Vánse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

DOÑA VIOLANTE, INÉS, con una luz, por la puerta de la derecha.

INES. Eso pasó y eso pasa:
emperador, embozados
y alguaciles endiablados
se nos metieron en casa;
en qué ha parado, no sé,
ni si estan en el jardin
los escondidos, ni en fin,
de la riña lo que fué.
D.ª VIOL. ¡Quiera Dios no sobrevenga,
Inés, mi hermano irritado!
INES. Guárdale arriba encerrado
vuestra prima, y aunque tenga
arbitrio para romper
la puerta, no ha de bajar.
D.ª VIOL. Quísome airado matar
la pendencia al entender;
¡tiemblo toda! buena suerte
fué que mi prima acudiera
ansiosa y le detuviera,
que si no, me da la muerte.
INES. Las puertas voy á cerrar
con llave de arriba abajo,
y ya le mando trabajo
si logra hasta aquí llegar.
D.ª VIOL. ¡Pero mañana!...
INES. Mañana
será otro dia: ¿quién sabe?

voy á echar llave tras llave.
D.ª Viol. ¿Y si por fortuna insana
aun están en el jardin
el rey y don César?
Ines. ¡Bah!
la tormenta pasará
y tendremos á la fin
á vuestro hermano contento,
á don César perdonado,
al rey celoso y burlado
y á la postre casamiento.
Pero adios; voy á subir.
D.ª Viol. ¡Sola aquí!... ¡siento pavor!
Ines. ¿Quién dijo miedo? valor,
que yo no tardo en venir. (Váse.)

ESCENA V.

DOÑA VIOLANTE.—Poco despues D. CARLOS, que adelanta lentamente sin ser notado por Doña Violante.

D.ª Viol. ¡Ay de mí! para anhelar,
para sufrir y temer
vine al mundo á recoger
desventuras que llorar.
Dicen que es dicha el amar
y yo digo que es sufrir,
porque amar y no sentir
desdichas, celos, temor,
es no saber qué es amor,
es no saber qué es morir.
El que amando no padece
por su amor, aun bien logrado,
no merece ser amado
ni ser dichoso merece,
que el amor gigante crece
con su propia desventura,
le alimenta la amargura,
le da el peligro valor,
tenacidad el rigor
y la esperanza dulzura.
Yo el escondido tesoro

de mi amor ansiosa guardo,
y sufro mas y mas ardo,
y mas sufro y mas adoro.
¡Y el rey!... ¿su corona de oro
qué vale ni su grandeza
para rendir la firmeza
de mi amor, que ardiente y ciego
una corona de fuego
ha ceñido á mi cabeza?

(D. Cárlos llega á Doña Violante, que le ve, primero con sorpresa, luego con indignacion, y permanece escuchándole en silencio altiva é irritada.)

ESCENA VI.

DICHOS.—D. CÉSAR aparece en la puerta de la izquierda del fondo y permanece en ella con los brazos cruzados.

D. CARL. Cárlos de Gante al mirar
el sol de vuestra hermosura,
cegando en su lumbre pura
ha dejado de reinar;
porque reinar es mandar,
y no manda quien adora
y desesperado llora
desdenes que no merece,
ni manda quien enloquece,
y yo estoy loco, señora.
Hablad, divina hermosura,
hablad, y en los claros ojos,
en vez de crudos enojos,
encuentre yo mi ventura:
la soledad asegura
el secreto y la ocasion;
combatida la razon
y al amor cediendo ya,
en vos enciende, á vos va
abrasado el corazon.

D.ª VIOL. Avergonzada de oir
lo que me haceis escuchar,
no sé si debo callar
ni sé lo que he de decir:

¿á mí venísme á pedír
que me deshonre liviana?
¿Á tal la pasion insana
os arrastra, que no veis
que indigna de vos me haceis
al quererme cortesana?
Callad, señor, que por Dios,
lo que decís escuchando,
estoy confusa, dudando
si sois vos ó no sois vos:
nos ofendemos los dos,
vos mancillándome así,
yo permaneciendo aquí
dudosa, por respetar
lo que no debió bajar
humillándose ante mí.

D. Carl. El águila que del cielo
cruza la region vacia,
pruebas da de su valia
hácia el sol tendiendo el vuelo.
Sol ardiente de mi anhelo
sois, mi perpétua memoria,
la mas altiva victoria
de las que soberbio ansié;
de mi corazon la fé,
de mi esperanza la gloria.
Por lograros, por teneros
ardiendo en el alma mia,
por alcanzar la alegria
soñada de mereceros,
por enamorada veros
de mí como yo lo estoy,
lo que he vencido hasta hoy
cual mezquino despreciara,
y con vuestro amor me alzara
por cima de lo que soy.

D.ª Viol. Si yo pudiera apartar
al hombre del rey, si fuera
posible que yo no viera
lo que debo respetar,
si yo me pudiera alzar,
igualándonos los dos,

la vergüenza, ¡vive Dios!
mi rostro no encenderia.

D. Carl. ¡Vergüenza!

D.ª Viol. ¡Por vida mia!
¡tengo vergüenza por vos!

D. Carl. ¡Señora!

D.ª Viol. ¡Vergüenza, sí!
¿Qué hice yo para que un hombre,
por mas que César se nombre,
ose á tanto contra mí?
¿Qué liviandad cometí?
¿Qué torpe accion me envilece?
La indignacion me enloquece
y por todo rompo fiera:
¡salid de esta casa fuera,
señor... porque no os merece!

D. Carl. ¿Por qué esa acerba inquietud?
quién sois y quién soy mirad.

D.ª Viol. ¡Yo tengo la majestad
del honor y la virtud!

D. Carl. Yo adoro su excelsitud;
yo vuestra altivez venero;
os amo, rendido espero,
y no debeis temer nada,
porque vos sois muy honrada
y yo soy muy caballero.

D.ª Viol. ¡Pues salid!

D. Carlos. ¡Ah, no! escuchad.

D.ª Viol. ¡La emperatriz os espera!

D. Carl. ¿Por qué recordarme fiera
mi perdida libertad?
¿por qué tan dura crueldad,
si del alma en el misterio
aborrezco el cautiverio
en que sujeto deliro,
y en mi esposa solo miro
la matrona del imperio?
Mi amor sois vos, mi codicia,
mi esperanza: amante lucho;
muriendo estoy, y no escucho
razon, honra, ni justicia;
os hallo en hora propicia:

mi pasion desesperada
puede por vos ser trocada
en cielo, en gloria, en ventura.

D.ª VIOL. ¡Vos perjuro y yo perjura!
¡vos casado y yo casada!

D. CARL. ¡Casada!

D.ª VIOL. Si, con la fé,
la vida y el corazon,
que libertad y razon
á un dulce amor ya entregué.

D. CARL. ¡Amais á un hombre!

D.ª VIOL. No sé
con cuánta pasion le adoro;
por él sufro, por él lloro,
por él en amores ardo,
por él muero y por él guardo
de mi pureza el tesoro.

D. CARL. ¡Ah! ¡con que vos sois la roca
que Dios pone en mi camino;
el imposible divino
en que mi arrogancia choca!
Vos, que encendisteis la loca
ambicion de mi deseo,
¿no temeis?...

D.ª VIOL. No, que en vos veo
al rey, imágen de Dios,
y nada temo de vos,
porque en Dios y el honor creo.
No, no puede ser tirano
con una pobre mujer,
quien tiene tanto poder
que tiene al mundo en su mano:
vuestro aliento soberano
poned en mas alto empeño;
mi amor objeto pequeño
es para tanta valia,
y la invencible honra mia
es ya prenda de otro dueño.

D. CARL. (Adelantando hácia Violante en ademan de cogerla una mano.)
¡Mia será!
(Doña Violante retrocede: D. César adelanta y se de-

ja ver de Doña Violante.)
D.ª VIOL. ¡Dios divino!
¡aquí don César!
D. CESAR. (Con firmeza, pero con respeto y descubriéndose.)
¡Señor!
D. CARL. (Volviéndose á D. César, con altivez.)
¿Quién es aqueste traidor
que se cruza en mi camino?
D.ª VIOL. (Yendo á la puerta de la derecha, y saliendo por ella.)
¡Inés! ¡Inés! ¡ay de mí!

ESCENA VII.

D. CÁRLOS.—D. CÉSAR.

D. CARL. ¿Quién sois?
D. CESAR. Un hombre.
D. CARL. ¿Qué haceis
aquí?
D. CESAR. Señor, lo que veis.
D. CARL. ¿Por señor tenéisme?
D. CESAR. Si.
D. CARL. Entonces ¿por qué de pié?
D. CESAR. De pié ó de rodillas muere
un hombre á quien bien se hiere:
herid, señor.
D. CARL. ¿Y por qué?
D. CESAR. Porque la muerte prefiero
á ser á mi rey traidor.
D. CARL. ¡Qué decis!
D. CESAR. Que tengo honor,
que adoro, y que nada espero.

ESCENA VIII.

DICHOS.—VARGAS por la puerta de la derecha del fondo.

VARGAS. Señor, dejad á ese loco
conmigo.
D. CESAR. ¡Poder de Dios!
D. CARL. No hemos de ser, Vargas, dos

contra uno solo. En tan poco
no me tengas: vete fuera!
¡vete digo!
(Vargas sale por la puerta de la derecha del fondo.)

ESCENA IX.

D. CÁRLOS, D. CÉSAR.

D. Carlos. Y vos, que osado,
al rostro me habeis lanzado
vuestra mirada altanera,
atended: nunca volví
el rostro á mirar atrás,
y embistiera á Satanás
si le encontrara ante mí:
no con la faz irritada
dudeis en hablarme altivo;
viéndoos estoy convulsivo
ansiando empuñar la espada:
no, no os obstineis en ver
aquí al rey: no hay rey aquí;
lo que quiero hago de mí;
¡yo soy lo que quiero ser!
D. Cesar. Dios, que puede mas que vos,
no puede su ser trocar;
¿cómo vos quereis llegar
al imposible de Dios?
¿ni cómo la mano airada
poner en la espada mia
contra vos, si mi hidalguia
me tiene la mano atada,
si me ofende mi señor,
y cuando impio me ofende
de mi furor le defiende
la grandeza de mi honor?
D. Carl. No es honrado quien maltrata
al rey con lengua traidora.
D. Cesar. Hiera la lengua en buen hora,
porque la lengua no mata:
diga al rey, desesperado
quien por él desvanecido

mira el ensueño querido
en su córazon guardado;
diga, si: como un ladron,
señor, del trono bajais
y á traicion me arrebatais
la dicha del corazon.

D. CARL. ¡Que aquesto llegue yo á oir
y no os haga enmudecer!

D. CESAR. Harto claro podeis ver
que lo que quiero es morir.

(En este momento, Lagartija, que desde el principio de la escena ha estado asomando la cabeza por la puerta de la izquierda del fondo, atraviesa rápidamente de puntillas el teatro, y desaparece por la puerta del costado derecho, sin ser visto por los interlocutores.)

D. CARL. No morireis, yo os lo fio:
no alenteis esa esperanza:
quiero ver hasta do alcanza
la audacia de vuestro brio:
seguid, seguid, caballero:
quien alza ante mí la frente,
es mas loco y mas valiente
que el rey Francisco primero.
Hacedme á placer la guerra;
yo no soy vuestro señor;
yo soy un conquistador
que se mete en vuestra tierra.

D. CESAR. ¡Conquistador contra mí!
¡contra un vasallo!

D. CARL. ¡Pues no!
aqui podeis mas que yo;
vos sois el que reina aquí:
el corazon os entregan,
y pese á mi poderio,
es vuestro lo que yo ansio,
teneis vos lo que me niegan:
hombre es el rey; la ventura
del amor, cual hombre ansia;
ciega sus ojos un dia
el fulgor de una hermosura,
y en vano quiere encerrar

entre hielo el corazon,
que arde tambien la pasion
en el que nace á reinar.
Ví su hermosura, y amarla
fué y el verla un punto mismo;
vió mi razon un abismo
en su amor, quise olvidarla,
y á despecho del poder
que Dios me quiso otorgar,
y de que quiso olvidar,
he llegado á enloquecer:
buscan con ansia mis ojos
el cielo de su mirada,
la sonrisa enamorada
de sus puros labios rojos,
de su mejilla el rubor,
de su seno el palpitar,
de su boca el alentar,
el delirio de su amor;
¡y cuando la encuentro aquí,
cuando desprecia mi ruego,
vos insensato, vos ciego,
os presentais ante mí!
Si ha permitido mi estrella
que un contrario mire en vos,
y adorándola los dos
nos igualamos en ella,
por igual aqui teneos;
en vez del rey, ved en mí
un contrario: con que asi,
hierro en mano; defendeos.
(Tira de la espada.)

D. Cesar. ¡Señor!

D. Carlos. Vuestra suerte avara
lo quiere: desatentado,
ciego, me habeis arrojado
vuestra insolencia á la cara.

D. Cesar. Porque pretendo morir,
mi afrenta por no mirar.

D. Carl. ¿Y cómo os he de matar
si vos no quereis reñir?

D. Cesar. ¡Señor!

D. CARL. ¡Ni en tus venas arde
sangre hidalga, ni has tenido
buena madre, ni has nacido
en buena tierra; cobarde!
D. CESAR. ¡Ved, señor!...
D. CARL. Todo es en vano:
ó riñes cual caballero,
ó te cruzo con mi acero
el rostro como á un villano.
D. CESAR. ¡Á mí! ¡vos! ¡Afuera, espada!
(La saca.)
¡si mi faz el rey azota,
quiero mejor verte rota
que traidora y deshonrada!
(Rompe la espada y la arroja.)
D. CARL. ¿Qué habeis hecho?
D. CESAR. Desarmarme;
que Dios sabe lo que hiciera
si con espada me viera
y llegaseis á afrentarme.
D. CARL. ¿Qué decis?
D. CESAR. Que solo Dios,
porque es inmortal, podria
no morir si me ofendia:
solo Dios, y despues vos.
Un dia, por ella fué;
un celoso me injurió:
aleve, mi faz cruzó;
no era mi rey; ¡le maté!
y si á la vida volviera
otra vez don Luis Moncada,
sangrienta otra vez mi espada
á mis plantas le tendiera.
D. CARL. ¡Ah! ¡le matasteis! ¡y aquí
estais sin ser castigado!
¿habéisme otra vez hablado?
respondedme.
D. CESAR. Señor, si.
D. CARL. ¿En la velada?
D. CESAR. Si tal.
D. CARL. Si cual noble, á buena ley
servisteis, lidiando, al rey,

el rey os dió una señal.

D. CESAR. Esta sortija.

(Sacándola y mostrándola al rey.)

D. CARL. ¡Por Dios!
¿Con que vos habeis podido
ofenderme, y yo, ofendido,
nada puedo contra vos?
¿Con que obligado os estoy
por bueno á recompensaros,
y no puedo castigaros
sin dejar de ser quien soy?
¡Esta aventura se añade
á las otras! ¡bien librais!
¡suerte habeis! ¿cómo os llamais?

D. CESAR. Don César Perez de Andrade.

D. CARL. ¡Ah! ¿con que estamos aquí,
vos, por bueno, á mí rendido,
y yo á vos agradecido,
César contra César?

D. CESAR. Si;
que en este lance extremado
somos por modo distinto,
vos, el César Cárlos quinto,
yo, don César el honrado.

D. CARL. ¡Bien!... pues rota y arrojada
sin espada os encontrais,
el rey quiere que os ciñais,
don César, su noble espada.

(Da su espada á D. César.)

Vargas, la espada.

(Vargas adelanta, da su espada al emperador y se retira.)

D. CESAR. (Besando la empuñadura de la espada del emperador y envainándola.)

¡Ah, señor!

D. CARL. No es esto solo: advertid
que yo os perdono: vivid
dichoso con vuestro amor.
Que en esta noche menguada
me habeis visto, os olvidad:
ahora al rey acompañad:
salgamos.

D. CESAR. Está cercada
por la justicia, señor,
esta casa á la redonda:
dadme licencia, y la ronda
desaparece.
D. CARL. Valor
tan grande no se ha de echar
á peligro tan seguro:
quedaos, que del apuro
saldremos, á mal librar,
con que yo muestre el semblante.
(Suenan tres golpes de aldaba dentro.)
¿Qué es esto?

ESCENA X.

DICHOS.—INÉS con DOÑA VIOLANTE de la mano, por la puerta de la derecha.

INES. Que ya ha tomado
ese Alcalde endemoniado
las salidas, y adelante
quiere pasar;
(Se repiten con mas fuerza los golpes.)
ved si aprieta:
(Llevando á Doña Violante junto á D. César.)
ahí la teneis, sed dichoso.
(Yendo á la puerta de la derecha del fondo, á la cual asoma Lagartija.)
Don Lagartija medroso,
venid acá, y de estafeta
servidme obediente y ciego.
D. CARL. ¿Qué medita tu locura?
INES. Que por fin de esta aventura
á la justicia os entrego.
¡Silencio! yo mando, si,
que aqui puedo mas que vos.
(Á Lagartija.)
¡Id, menguado, vive Dios,
y entrad á la ronda aquí!
(Lagartija sale por la puerta de la derecha.)
D.ª VIOL. (Á Inés.)

¿Pero estás loca?

INES. Con seso
sin igual: ya, ya vereis:
(Á D. Cárlos, D. César y Vargas.)
os mando que os emboceis:
dejadme, que del suceso
yo respondo.

D. CARL. Venga, pues,
el Alcalde, que ya á todo
por acabar me acomodo.

INES. No hay miedo, que aquí está Inés.

ESCENA XI.

DICHOS.—LAGARTIJA, inmediatamente despues el ALCALDE y una ronda de alguaciles.

LAGART. Entrad, seor Alcalde, entrad,
que aquí estan los escondidos.

ALCALDE. (Desde la puerta.)
Entrad todos prevenidos:
(Entran los alguaciles con las espadas desnudas y las linternas encendidas.)
ahora las puertas tomad.
(Los alguaciles toman las cuatro puertas de la escena. Á D. Cárlos, á D. César y á Vargas, que estan embozados, detrás de los cuales se oculta Doña Violante.)
Finalmente: ante esta vara,
que es el rey, y en conclusion,
dénse todos á prision;
muéstrenme todos la cara:
dénme espadas y broqueles,
y den, pues que los tuvieron
tan largos y tal hicieron,
los brazos á los cordeles.
Pues que resistirme os plugo,
la resistencia me gusta:
estas cuentas las ajusta
con el dogal el verdugo.

INES. (Llamando al Alcalde al proscenio.)
Necesito hablar con vos:

venid, Alcalde; mirad:
(Sacando del bolsillo la cadena de diamantes que la ha dado el emperador en el segundo acto, mostrándosela y entregándosela.)
¡nada habeis visto!

ALCALDE. (Guardando la cadena.) ¡Es verdad!
(Volviéndose á los tres y saludando respetuosamente.)
Hidalgos, quedad con Dios.
(Á los alguaciles.)
Vénganse todos tras mí:
equivocados vinimos;
los hombres que perseguimos
no son los que estan aquí.
(Sale con los alguaciles por la puerta de la derecha.)

ESCENA XII.

DICHOS, menos el ALCALDE y la ronda.

D. CARL. (Desembozándose.)
¡Que esto mire mi grandeza!
¡y entre tanto ocioso duermo!

INES. ¿No ha de estar el cuerpo enfermo
si está enferma la cabeza?
¿No ha de faltar á la ley
el vasallo envilecido,
si á tal punto le ha traido
el mal ejemplo del rey?

D. CARL. ¡Silencio! que la largueza
de tu descaro me irrita:
¿para qué te necesita
mi incontrastable grandeza?

INES. Que tal digais no consiento;
y pues que viene clavado,
de buen grado ó de mal grado
habeis de escuchar un cuento.
«Un tozudo vizcaino,
yendo por una calleja,
se encontró con una reja
atajándole el camino.
—¿Párasme, reja? exclamó,

pues lo que puedes verás.—
y la dura testa, ¡zas!
entre los hierros metió.
Acudieron á las quejas
que alzaba al verse en prisiones,
y cuando á puros tirones
le sacaron sin orejas,
exclamó muy sobre sí:
—¿Quién os llamó, mal pecado?
ya estuviera al otro lado
si no tirarais de mí.—»
El que ingrato, en su injusticia...

D. CARL. ¡Basta ya! toma. (*La dá un bolsillo.*)
INES. ¡Dinero!
Viene bien.
D. CARL. Pero no quiero
sermones de tu malicia.
(*Á Vargas.*)
Vete, Vargas, á mirar
si está la calle segura.
(*Vargas sale por la puerta de la derecha.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS menos VARGAS.

D. CARL. (*Á D. César.*)
Por si queda otra aventura,
vos me habeis de acompañar.
(*Á Doña Violante.*)
Que olvideis, señora, os ruego...
D.ª VIOL. ¡Oh, magnánimo señor!
todo lo olvido.
D. CARL. En rigor
haceis bien, que anduve ciego.
(*Á D. César.*)
Yo os nombro, la obligacion
en que estoy para pagar,
y porque es justo premiar
de tan grande corazon
la lealtad que le acrisola,
y á mas... por lejos teneros,

capitan de alabarderos
del virey de la Española.
* Vamos.

INES. (Deteniéndole.) Señor, advertid...

CARLOS. ¿Algo queda?

INES. Si, señor:
salude el emperador
al buen pueblo de Madrid:
y dígale... mas no tal,
lo haré yo: no me lo impiden
soberbias, y cuando piden
los reyes, lo hacen muy mal.
(Adelantándose al proscenio.)
¡Oh público! Tú que exaltas
al ingenio, por tí honrado,
pues la comedia ha acabado,
perdona sus muchas faltas.

FIN.

---

* En los teatros de provincia esta redondilla se sustituirá con la siguiente:

Salgamos.

INES. (Deteniéndole.) ¡Ah! ¡no, señor!

D. CARL. ¿Algo queda?

INES. Es indudable:
al público respetable
salude el emperador;

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 14 de Abril de 1864.

El censor de teatros,

Antonio Ferrer del Rio.